



DICASTERIUM
PRO LAICIS, FAMILIA ET VITA

**LA REDIUF Y LA SANTA SEDE:
LA MISIÓN DE LOS INSTITUTOS UNIVERSITARIOS PARA LA FAMILIA
DE INSPIRACIÓN CATÓLICA**

*Gabriella Gambino
Subsecretaria para la Familia y la Vida*

Estimados Profesores:

las Universidades católicas constituyen un espacio privilegiado en el que la Iglesia se enfrenta a las preguntas de nuestro tiempo, dialoga con la cultura contemporánea y contribuye a la formación integral de las nuevas generaciones.

León XIV, en su reciente viaje a África, dirigiéndose a la Universidad Católica de Yaundé, reiteró cuán necesario es que las universidades asuman la responsabilidad no solo de transmitir conocimientos especializados, sino de «formar mentes capaces de discernir y corazones dispuestos al amor y al servicio».

Formar conciencias libres y santamente inquietas, es decir, capaces de percibir y responder a la sed de infinito del hombre contemporáneo, es una condición indispensable para que la fe cristiana pueda sembrar sus semillas y sea así «capaz de transformar la vida de cada persona y de la entera sociedad, de impulsar cambios proféticos»¹.

¹ LEÓN XIV, Discurso con motivo del Encuentro con el mundo universitario, Universidad Católica de África Central (Yaundé), 17 de abril de 2026.

Como recordaba San Juan Pablo II en la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, la Universidad católica, precisamente porque «ha nacido del corazón de la Iglesia», participa en la misión evangelizadora a través de la investigación, la enseñanza y el servicio a la sociedad.

En *Veritatis Gaudium*, Francisco nos ha exhortado a “crear redes” entre las instituciones académicas eclesiales y católicas, promoviendo una “alianza educativa amplia” para hacer frente a los cambios culturales radicales de nuestro tiempo. El *Family Global Compact*, que él mismo lanzó, no es más que el instrumento práctico que ha confiado a las universidades para trabajar en una sinergia fuerte con las Iglesias locales y la Iglesia universal sobre los temas más urgentes que afectan el futuro de la familia cristiana.

Desde que se constituyó la REDIUF en 2018, la Santa Sede, a través del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, ha reconocido en ella a un interlocutor calificado para apoyar el compromiso difícil de la Iglesia en la formación, no solo de los laicos, sino también del clero y de los religiosos, sobre temas de la familia, del matrimonio, de la bioética, de la vida afectiva y de las relaciones educativas, para que estas cuestiones se relacionen concretamente con nuestra fe y nuestra vida a partir de nuestro bautismo.

El rol de la Santa Sede, representada en este caso por nuestro Dicasterio, nunca ha sido el de ejercer un control ni de interferir en la legítima autonomía científica de las instituciones universitarias. Más bien, nuestro servicio consiste en favorecer vías comunes de discernimiento, investigación y formación que puedan ayudarnos en el servicio que ofrecemos a los obispos, poniendo a su disposición contactos, contenidos e instrumentos pastorales para la evangelización.

La autonomía científica de las universidades y la comunión eclesial no son realidades opuestas: la primera garantiza la seriedad de la investigación y la libertad académica; la segunda recuerda que dicha investigación, en la Universidad católica, está llamada

a servir a la verdad, al bien común y a la misión evangelizadora de la Iglesia². En este sentido, pueden fecundarse recíprocamente.

Más bien, diría incluso más. Son una oportunidad para una *alianza estratégica* en un tiempo de gran complejidad, en la que ciertas lógicas dominantes y estructuras omnipresentes, que privan al hombre contemporáneo de su auténtica libertad, se «confunden con competencia y progreso» (como ha señalado recientemente el Papa León³).

En otras palabras, nuestro objetivo es *acompañar, apoyar, orientar y favorecer un camino común* junto a las universidades en torno a temas respecto a los cuales hoy en día se percibe, en el plano cultural y antropológico, una desorientación generalizada.

Acompañar: para el Dicasterio, esto significa escuchar y conocer el trabajo que realizan los docentes, investigadores y profesionales en los distintos contextos culturales del mundo, conscientes de que los desafíos de la familia se presentan hoy en formas diferentes según los Países, las culturas, las legislaciones y las situaciones sociales. La escucha nos permite seguir actualizándonos también en el plano científico para saber relacionar nuestro trabajo pastoral con la mirada competente de quienes estudian las problemáticas de la realidad juvenil y familiar en el espacio público.

Apojar: significa que el Dicasterio se pone a disposición para participar en iniciativas de formación sobre temas específicos, en los que sea necesario ofrecer una palabra para *orientar* el trabajo común con el fin de custodiar el pensamiento católico ante desafíos culturales inéditos.

Por último, *caminar juntos* significa compartir preguntas antes incluso que respuestas; reconociendo que el servicio a la Iglesia y a la evangelización nace de un discernimiento común. A la *Rediuf*, surgida de la iniciativa autónoma de las universidades aquí reunidas, dirigimos una vez más la invitación a colaborar con la

² Cfr. JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae* sobre las Universidades católicas, 15 de agosto de 1990, Parte I, nn. 12-15; Parte II, *Normas generales*, art. 2, § 5; art. 5, § 1.

³ LEÓN XIV, *Discurso con motivo del Encuentro con el Mundo Universitario*, cit.

Santa Sede para hacer cada vez más concreto lo que para nosotros es un espacio de comunión eclesial y de aprendizaje recíproco para servir en la misión común.

El objetivo es siempre el mismo y cada vez más urgente: poner en marcha de manera sistemática *procesos compartidos de reflexión y de acción* para ser una ayuda a los obispos y, sobre todo, favorecer el diálogo de ustedes con los obispos, incluso de tierras lejanas, con el fin de ayudarlos en la formación de los laicos. No solo eso, sino que, en una época tan compleja para la realidad familiar en todo el mundo, trabajar juntos también para reconstruir un pensamiento católico sobre la familia capaz de incidir en el diálogo con la sociedad civil.

Esta colaboración puede concretarse de muchas maneras concretas: seminarios internacionales en nuevos contextos pastorales, programas comunes de investigación, intercambio de docentes y estudiantes enviados por obispos de Países con menores posibilidades económicas, observatorios sobre los cambios familiares, publicaciones compartidas y momentos periódicos de discernimiento eclesial junto con el Dicasterio, pero sobre todo mesas de trabajo con las diócesis de sus Países para trabajar en sinergia con los obispos y los responsables de la pastoral familiar.

En particular, quisiera señalar que los Institutos universitarios dedicados a la familia producen investigaciones de calidad que rara vez llegan a los agentes pastorales en formatos accesibles y útiles, sobre todo en Países distintos a aquellos en los que ustedes trabajan. Sería de gran ayuda que algunas investigaciones o reflexiones que consideren significativas para la formación (pienso, por ejemplo, en temas de bioética o en cuestiones relacionadas con la educación) se publiquen también en una versión más divulgativa y pastoral, destinada a los agentes menos especializados. Del mismo modo, podríamos programar un par de encuentros al año con el Dicasterio para darnos la posibilidad de señalarles necesidades pastorales y permitirles plantearnos preguntas que consideren de una importancia prioritaria.

La sinergia entre la academia y la pastoral no nace automáticamente del hecho de que ambos compartan la misma misión. Requiere método, continuidad, calendarios

compartidos e instrumentos concretos que permitan trabajar juntos desde el inicio de los procesos, ya en la fase de planificación de cada institución.

El paso decisivo es *cultural* antes que organizativo: reconocer que la investigación académica sobre la familia no es un lujo especulativo, sino un servicio eclesial cualificado, y que la pastoral familiar no es un terreno de aplicación secundaria, sino el lugar donde el pensamiento académico puede verificar su propia fidelidad al Evangelio, a las necesidades y a la vida concreta de las personas.

Todo esto, además, responde a la necesidad de algunas universidades, con las que nuestro Dicasterio ha establecido contactos recientemente, de iniciar caminos compartidos, poniendo en red cursos, investigaciones y competencias, para enriquecerse con el aporte de las universidades de la Red. En este sentido, me permito solicitar la activación del sitio web de la *Rediuf*, que podría ser un instrumento concreto de intercambio no solo entre universidades, sino también con los obispos, a quienes nos gustaría poder indicarles no solo el sitio, sino también los contactos con los Institutos y Centros que estuvieran disponibles para trabajar en manera conjunta con las Diócesis.

Nuestro Dicasterio ha realizado una gran labor en los últimos dos años para incorporar nuevas universidades a la red, y se ha puesto en diálogo con algunas Arquidiócesis que están tratando de fundar nuevas Universidades católicas o centros para la familia y que necesitan ayuda, modelos y experiencias que ustedes sin duda pueden brindarles. Esto demuestra que la acción de la red universitaria va más allá del perímetro del trabajo académico propiamente dicho: se manifiesta también en su capacidad, que es fecunda, para *atraer nuevas universidades, generar colaboraciones y favorecer el surgimiento de nuevos centros* de investigación y formación sobre la familia.

En este sentido, me gustaría señalarles una cuestión que nos interesa especialmente en este momento y que está relacionada con el tema que han elegido para las sesiones de hoy: la formación de los sacerdotes, tanto en los seminarios como en lo que respecta a la formación permanente.

La Iglesia es cada vez más consciente de que no se puede anunciar el Evangelio de la familia sin una preparación adecuada de quienes están llamados a acompañarla pastoralmente. Como subraya *Amoris laetitia*, se percibe la necesidad de «una formación más adecuada para los presbíteros, los diáconos, los religiosos y las religiosas, los catequistas y otros agentes pastorales»; el texto observa además que “los ministros ordenados deben ser formados para comprender la complejidad de las situaciones familiares” (cf. n. 202). Y añade: «Los seminaristas deberían acceder a una formación interdisciplinaria más amplia sobre el noviazgo y el matrimonio, y no sólo en cuanto a la doctrina» (n. 203).

Traducido en términos concretos, ha llegado el momento de pensar y proponer nuevos itinerarios de formación de los sacerdotes durante y después del seminario sobre temas de matrimonio y familia. Se trata de un enorme desafío para la Iglesia, que necesita desarrollar una pedagogía fundada en un estilo *kerigmático*, para poder ser más generativos en lo que respecta a la fe de las nuevas generaciones de jóvenes y de familias. Esto nos concierne a todos hoy: no podemos limitarnos a transmitir contenidos, sino que estamos llamados a comprometernos a abrir la razón a los horizontes de la fe, porque no solo los sacerdotes, sino todos debemos aprender a acompañar los procesos de conversión en el corazón de las nuevas generaciones. No podemos seguir separando la fe y la razón, el conocimiento y la existencia, sobretodo en relación con la vida familiar.

Por lo tanto, la ayuda que les pedimos es que desarrollen una sinergia más estrecha con los obispos, para reflexionar junto a ellos sobre la necesidad de contar con sacerdotes más capaces de poder leer, acompañar y apoyar los desafíos que atraviesan hoy la vida familiar. El contacto vivo con las familias para los seminaristas y los sacerdotes hoy no puede considerarse un elemento accesorio de su formación, sino una dimensión esencial para comprender la vocación cristiana al matrimonio y a la familia en su plenitud, para saber anunciar el Evangelio de manera más adecuada a la realidad, para saber acompañar a los jóvenes en la fe, que no puede darse por sentada, porque en las familias ya no se vive ni se transmite la fe. También es urgente ayudar a los futuros

sacerdotes a descubrir y valorar el matrimonio como auténtica vocación en la Iglesia. Como afirma el Concilio Vaticano II en *Gaudium et Spes*, el matrimonio no es una realidad secundaria, sino una verdadera llamada a la santidad. Ayudar a los sacerdotes a comprender esta dimensión concreta del sacramento significa también hacerlos más capaces de acompañar a los jóvenes en el discernimiento vocacional.

Les digo esto porque todo está relacionado y todo debe leerse con una mirada de unidad: la falta de una formación adecuada en los seminarios, las dificultades para acercarse a los jóvenes y, sobre todo, para acompañarlos en su camino de fe y anunciar hoy la vocación al matrimonio van de la mano con las transformaciones culturales que alejan a los jóvenes del deseo de casarse y de tener hijos, pero también con el hecho de que muchos llegan al matrimonio sacramental con una fe poco formada, no plenamente consciente o escasamente acompañada por la comunidad cristiana; con el hecho de que no se forman familias cristianas; que la mayoría de las parejas hoy se separan o no se casan en absoluto; y que los padres no son acompañados en la educación de los hijos y en la transmisión de la fe. No podemos seguir trabajando en la pastoral familiar como si el problema estuviera solo en las familias. Las familias no son el problema que hay que resolver, sino el lugar vivo en el que la Iglesia puede reconocer nuevos signos de los tiempos, escuchar la vida concreta de las personas y renovar la forma en que forma a pastores, educadores y acompañantes.

Si «la realidad es superior a la idea» (*Evangelii Gaudium*, 231), también la formación debe responder a este principio para que seamos capaces de leer la vida real, de enfrentarnos a ella, no a partir de esquemas teóricos, sino de una fe vivida en la carne de las familias.

En este punto, la contribución de las Universidades católicas puede ser decisiva: los invito a reflexionar con los obispos sobre posibles colaboraciones con los seminarios, sobre la formación de formadores, sobre el desarrollo de modelos pedagógicos innovadores, sobre la creación de espacios de diálogo entre la teología y las ciencias humanas, entre seminarios, universidades y familias.

El camino que nos espera es arduo, pero no están solos. Con un espíritu de colaboración y de comunión, la Santa Sede desea caminar con ustedes, alentando, conectando y apoyando el servicio que las Universidades católicas pueden ofrecer a la Iglesia y a la familia.